



ley, así como esta otra en que más tarde fué edificada Samaria.

A corta distancia de Sichem, hácia el Sudeste, se ostentaba en un alto la ciudad de Silo, que, hasta la construcción del templo de Jerusalén, fué el santuario de Israel. Como estaba en el centro de la tierra prometida y el país de sus cercanías había sido sometido, fueron allí á acampar los hijos de Israel desde Gálgala, y allí erigieron el tabernáculo del testimonio.

Sin embargo, habían quedado siete tribus que todavía no tenían hecha la división de sus posesiones. Josué les dijo: «¿Hasta cuándo permaneceréis en vuestra pereza, sin entrar á tomar posesión de la tierra que el Eterno, el Dios de vuestros padres, os ha dado? Elegid tres hombres de cada tribu para que yo les envíe y vayan á recorrer aquella tierra y de ella hagan la descripción según el número de los que deban poseerla, y me anuncien después lo que hayan hecho. Judá permanezca en sus límites por la parte del Mediodía, y la casa de José por la del Septentrion. Haced la descripción del resto de la tierra que no sea de ellos, y divididla en siete partes; venid después á buscarme, y las echaré en suerte delante del Eterno nuestro Dios.» Pusiéronse en marcha los hombres, recorrieron con cuidado el territorio y le dividieron, según sus ciudades, en siete partes, cuya descripción hicieron en un libro. Aquí es donde por primera vez se habla de una especie de carta geográfica. Cuando volvieron á Silo, Josué echó las suertes delante del Eterno, y dividió el territorio en siete partes.

La primera porción cupo en suerte á la tribu de Benjamín, entre los hijos de Judá y los de José. En ella había catorce ciudades: la primera, no lejos del Jordán, era Jericó. La Escritura la llama varias veces la ciudad de las palmas. Según la descripción que de ella han hecho antiguos historiadores y geógrafos, como Estrabón, Justino y Plinio, era una llanura regada por todas partes, llena de viviendas y coronada de montañas en forma de anfiteatro. En medio de otros árboles, de un excelente fruto, las palmeras crecían allí en abundancia. Los dátiles eran tan renombrados, que Nicolás de Damasco solía mandar con frecuencia algunas

porciones al emperador Augusto, quien los llamaba sus *Nicolases*. Pero lo que más apreciaba en Jericó eran sus jardines, ó como dice Estrabón, su paraíso de bálsamo. Este precioso arbusto en ninguna parte se desarrollaba más que allí. Para poder apreciar la estima en que le tenían los antiguos, no hay más que oír á Plinio: «El bálsamo, dice, es preferido á todos los aromas; la Judea es el único país que le produce.» Antiguamente no se le cultivaba más que en dos jardines, uno de ellos de veinte fanegas, y el otro no llegaba á esta medida; los dos eran propiedad del rey. Los emperadores le dieron á conocer á los romanos. ¡Cosa maravillosa! desde Pompeyo el Grande los árboles también fueron llevados en triunfo. Ahora el árbol del bálsamo es esclavo; el árbol y la nación que le cria pagan tributo. Los judíos, en su furor, quisieron destruirle, como también ensayaron destruirse entre sí; los romanos le defendieron, y hasta se dieron combates por un arbusto. Hoy el árbol del bálsamo es propiedad del imperio.» Hé aquí lo que era todavía Jericó en tiempo de Plinio (1).

En la misma tribu se veían las ruinas de Hai, las ciudades de Gabaon y de Bethel, cuyo antiguo nombre era Luza. Bethel, ó casa de Dios, según ya hemos visto, había sido así llamado por Jacob, en memoria de haberse aparecido el Eterno en aquel lugar, cuando huía á la Mesopotamia, y le dijo: «La tierra en que descansas la daré á tí y á tu posteridad (2).» Pero la ciudad más célebre de todas era, á no dudarlo, Jebus, ó Jerusalén, que se cree sea la antigua Salem de Melquisedec. Los hijos de Judá y de Benjamín se hicieron dueños de la ciudad; pero no pudieron tomar la ciudadela, y los jebuseos se mantuvieron en ella hasta los tiempos de David. De esta tribu proceden Saul, primer rey de los judíos; Esther, la reina de los persas, con su tío Mardoqueo, y por último, el más profundo de los filósofos, el doctor de las naciones, San Pablo.

La segunda porción cayó en suerte á los hijos de Simeón, y se hallaba situada en medio

(1) Plinio, *Hist. Nat.*, 1, 12, c. XXV. Est., 1, 16.  
(2) Génesis, 28, 13.



de la herencia de los hijos de Judá. Jacob lo había predicho al tiempo de su muerte, cuando dijo de Simeón y de Levi: «Yo haré su división en Jacob y los dispersaré en Israel (1).» Simeón tuvo diez y siete ciudades, siendo la primera Bersabée. Una viuda de esta tribu, Judith, salvará á todo Israel con su intrepidez.

La tercera suerte correspondió á Zabulón, y se extendía desde el mar ó lago de Genesareth, hasta el mar Mediterráneo, cerca del monte Carmelo. Jacob lo había anunciado ya igualmente: «Zabulón habitará sobre la ribera del mar, cerca del apostadero de los navios, y alcanzará hasta el país de Sidón, la Fenicia (2).»

El Carmelo es una montaña, ó más bien una cordillera, que se extendía á lo largo de las tribus de Isacar, de Zabulón y de Aser, y terminaba en la llanura de Saron. Todavía hoy se ven allí valles y colinas siempre verdes, extensos y poblados bosques, jardines, fuentes y viñas; el aire que se respira es muy sano; hay excelentes frutos y vino, y abundante caza.

Era renombrada entre los antiguos, no sólo por su grande elevación y fertilidad, sino porque muchas veces había permanecido en aquel lugar el célebre Pitágoras (3). Pero ya tres siglos antes de este filósofo era muy celebrada, porque en ella habían morado Elías y Eliseo. En la misma tribu estaba Nazareth, donde el hijo de Dios, hecho hombre, vivió por espacio de treinta años ignorado del mundo; Canaan, donde hizo el primer milagro; el monte Thabor, donde se trasfiguró á presencia de sus amados discípulos, hablando con Moisés y Elías.

La cuarta porción cayó en suerte á Isacar, entre la casa de José y la tribu de Zabulón, desde el Jordán al Mediterráneo. Tenía diez y seis ciudades. Era la primera Jezrael, famosa por la efusión de sangre del inocente Naboth, vengado más tarde con la sangre de Achab y de su familia. Otro lugar dejó allí más grato recuerdo: la pequeña villa de Naim, en donde Jesucristo resucitó el hijo único de la viuda.

La quinta suerte correspondió á los hijos de Aser, y se extendía desde el monte Carmelo

(1) Génesis, 49, 13.  
(2) Génesis, 49, 7.  
(3) Jamblic., *In vita Pitag.*, c. III.

hasta Tyro y Sidón. Parece, por algunas expresiones de la Escritura, que estas dos ciudades estaban en ella comprendidas (1). En el libro de los Jueces se dice que Aser no expulsó á los habitantes de Sidón, ni tampoco de Acco ó Acre; y el profeta Ezequiel nos presenta á Tyro como situada en el paraíso de las delicias y sobre la montaña santa de Dios (2). En Isaías se llama á Tyro la hija de Sidón, porque era una colonia de ella (3). Sidón es mucho más antigua. Moisés atribuye su fundación al primogénito de Canaan, mientras que no habla de Tyro. La primera vez que se habla de ella es en el libro de Josué, hablando de la porción de la tribu de Aser, donde se la califica con el nombre de ciudad fortificada; y esto haría que pudiera referirse la época de su fundación al siglo XV antes de Jesucristo. Entiéndase esto de la antigua Tyro, edificada sobre el continente, mientras que la segunda se edificó en una isla. El nombre de Tyro, en hebreo Tsor ó Sor, quiere decir roca, puesto que una roca la servía de cimiento. En Sarepta es donde el profeta fué alimentado por una pobre viuda, á la que multiplicó milagrosamente el aceite y la harina: estaba situada entre Tyro y Sidón. En los confines de estas dos ciudades fué donde el Salvador respondió á la cananea: «Oh mujer! ¡tu fe es grande! ¡cúmplase, pues, según tus deseos!» Ana, la profetisa de la tribu de Aser, le había reconocido y celebrado en él la expectación de Israel, cuando fué presentado en el templo, cuarenta días después de su nacimiento.

La sexta porción cayó en suerte á los hijos de Neftalí. Su situación era: al Mediodía, el lago de Genesareth, y la tribu de Zabulón, entre la tribu de Aser y el Jordán hasta más allá de los orígenes de este río en las montañas del Líbano. Tenía diez y nueve ciudades fortificadas con sus villas. Entre estas ciudades no estaban comprendidas Bethsaida, patria de los apóstoles Pedro, Andrés y Felipe, ni Cafarnaüm, donde Cristo fué á habitar durante su vida pública, por lo que se llamaba su ciudad.

En ella es donde empezó á predicar en las

(1) Judic., 1, 31.  
(2) Ezequiel, 28, 13 y 14.  
(3) Isaías, 23, 12.





sinagogas, á curar entre el pueblo toda clase de enfermedades, y de allí fué extendiéndose su fama por toda la Siria; allí es donde acudía la multitud para oírle, de la Galilea y Jerusalem, de la Judea y del otro lado del Jordan. Al ver aquella multitud, subió sobre una montaña y les dijo: «Bienaventurados los pobres, bienaventurados los mansos, bienaventurados los que lloran, bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, bienaventurados los misericordiosos, bienaventurados los que tienen su corazón puro, bienaventurados los pacíficos, bienaventurados los que sufren persecucion por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.» Bajando de la montaña, curó al leproso; penetrando en la ciudad, admiró la fe del centurion y curó á su siervo; llegado á la casa de Pedro, curó á su suegra de la fiebre que la devoraba; por la tarde le presentaron un gran número de enfermos, y á todos les curó. Cafarnaum y Bethsaida estaban junto al mar de Genesareth. Yendo un día á lo largo de este mar, vió á los dos hermanos Simon-Pedro y Andrés, que echaban sus redes, pues eran pescadores, y les dijo: «Venid conmigo, yo os haré pescadores de hombres.» Y ellos, abandonando sus redes, le siguieron. Un poco más allá, llamó igualmente á otros dos, á Santiago, hijo del Zebedeo, y á Juan, su hermano. Otro día vió á un recaudador que estaba sentado en su oficina de recaudacion, y le dijo: «Sígueme.» Y el recaudador se levantó y le siguió, y este fué el apóstol San Mateo. «No son los buenos, dijo en aquella ocasion, los que tienen necesidad de médico, sino los que están enfermos; yo he venido á llamar, no á los justos, sino á los pecadores.

El país de Neftalí, de Zabulon y de Aser, comprendia lo que se llama la Galilea; su parte septentrional se llamaba la Galilea de los gentiles, porque tocaba con las principales ciudades del gentilismo, Tyro y Sidon. Un profeta anunciaba de esta suerte y con antelacion lo que allí haria Jesucristo.

La tierra de Zabulon y la de Neftalí, el camino del mar, al otro lado del Jordan, la Galilea de las naciones, el pueblo que estaba sumido en las tinieblas, ha visto una gran luz;

y para aquellos que estaban sentados en sombras de la muerte, ha desaparecido la luz (1).

La sétima y última porcion cupo en suerte á la tribu de Dan, cerca del país de los filisteos, en la parte sobrante de Judá. En ella habia diez y ocho ciudades, entre otras Sara y Esthaól, donde Sansón señaló más tarde su prodigiosa fuerza. Sin embargo, esta tribu, la más numerosa despues de la de Judá, se halló bien pronto en estrechez en su posesion, porque los amorreos ocupaban en ella sus llanuras, y los filisteos no la permitian extenderse hasta el mar. Hubo allí una colonia de danitas, que, remontándose hasta los orígenes del Jordan, se apoderó con los colonos sidonios de la ciudad de Lesem ó Laís, á la que llamó Dan, nombre de su padre. Más tarde fué la Cesárea de Filipo. En los alrededores de esta ciudad fué donde el Salvador, habiendo preguntado á sus discipulos: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» Simon Pedro le respondió: «Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo.» A lo que Cristo repuso: «Bienaventurado eres tú, Simon, hijo de Jonás, porque la carne y la sangre no te lo han revelado, sino mi Padre, que está en los cielos. Y yo tambien te digo que tú eres piedra, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Yo te daré las llaves del reino de los cielos. Y todo lo que ligares sobre la tierra será ligado en los cielos, y cuanto desatares en la tierra será desatado en los cielos (2).»

Habiendo Josué concluido de hacer la division de las tierras, dando á cada tribu la parte que la habia cabido en suerte, los hijos de Israel le dieron por herencia entre ellos, segun lo que el Eterno habia dispuesto, la ciudad que él les pidió y que fué Thamnath-Sarah, situada en la montaña de Efraim, y edificó una ciudad, donde él vivió. Así, despues de haber conquistado y distribuido á su pueblo treinta y un reinos, él espera á que se le dé una morada ó sitio de residencia; y habiéndole dado á escoger, eligió sobre la montaña de Efraim, que estaba ya desmontada, una ciudad que iba á edifi-

(1) Isaías, 9, 1 y 2. Math., 4, 15 y 16.

(2) Math., 16.



car. Él es el único conquistador de su especie. Su ciudad se llamó más tarde Thamnath-Herés, ó imágen del sol (1), quizás, segun se cree, en memoria del milagro por el cual se detuvo aquel astro.

Despues de esto, el Eterno dijo á Josué: «Habla á los hijos de Israel y díles: Separad las ciudades de los fugitivos, de las cuales os hablé por medio de Moisés, para que se refugie á ellas todo el que matare sin querer, y pueda ponerse á cubierto de la ira del más cercano, que es vengador de su sangre; luego que se refugiare á una de estas ciudades, se presentará en la puerta de la ciudad, y expondrá á los ancianos de aquella ciudad todo lo que pueda comprobar su inocencia, y así le recibirán y darán lugar para habitar. Y si el que quiere vengar la muerte le viniere persiguiendo, no le pondrán en sus manos, por cuanto sin saber quitó la vida á su prójimo, ni hay pruebas de que dos ó tres dias antes fuese su enemigo. Y habitará en aquella ciudad, hasta que comparezca á juicio para dar cuenta de lo que ha hecho, y hasta que muera el sumo sacerdote que fuere en aquel tiempo; entonces volverá el homicida y entrará en la ciudad y en su casa, de donde se habia huido.» Y señalaron á Cedés en la Galilea sobre el monte Neftalí, y á Sichem en el monte de Efraim, y á Cariath-Arbé, que es Hebron, en el monte de Judá. Y de la otra parte del Jordan, hácia el Oriente de Jericó, destinaron á Bosór, que está situada en la llanura del desierto de la tribu de Ruben, y á Ramoth en Galaad, de la tribu de Gad, y á Gaulon en Basan, de la tribu de Manassés. Estas ciudades fueron señaladas para los hijos de Israel y para los forasteros que habitaban entre ellos, para que se acogiese á ellas el que sin querer matase á un hombre, y no muriese á manos del pariente, deseoso de vengar la sangre derramada, hasta que comparezca ante el pueblo á tratar su causa (2).

Al mismo tiempo llegaron los príncipes de las familias de Leví á Eleazar, sumo sacerdote-

te, y á Josué, hijo de Nun, y á los príncipes ó caudillos de las parentelas de cada una de las tribus de los hijos de Israel. Y habláronles en Silo de la tierra de Canaan, y dijeron: «El Señor mandó por medio de Moisés que se nos diesen ciudades para habitar, y tambien terrenos para alimentar nuestras bestias.» Y diéronles los hijos de Israel de sus posesiones, conforme al mandamiento del Señor, ciudades y terrenos. Y salieron por suerte á la familia de Caath, de los hijos de Aaron el sacerdote, trece ciudades en las tribus de Judá y de Simeon y de Benjamin. Y á los otros hijos de Caath que quedaron, esto es, á los levitas, diez ciudades de las tribus de Efraim y de Dan, y de la media tribu de Manassés. Y á los hijos de Gerson les salió de suerte y les tocaron trece ciudades de las tribus de Isacar y de Aser y de Neftalí y de la media tribu de Manassés en Basan. Y á los hijos de Merari, por sus parentelas, doce ciudades en las tribus de Ruben y de Gad y de Zabulon. Y dieron los hijos de Israel á los levitas estas ciudades con sus terrenos, como lo mandó el Señor por medio de Moisés, repartiéndolas á cada uno por suerte (1). Estas ciudades eran entre todas 48. Las ciudades sacerdotales más notables son: Hebron, ó Cariath-Arbé; Caleb poseía el territorio, pero la ciudad era de los sacerdotes, que por otra parte no la ocupaban toda entera; Dabir, la antigua Cariath-Sepher, ó ciudad de los libros; Gabaón, la única que pidió la paz; Anathoth, futura patria del profeta Jeremías.

La tribu de Leví se halló así dispersada por todo Israel, como Jacob lo habia predicho y como Moisés lo habia anunciado; Jehová únicamente fué su posesion.

Así dió el Eterno á Israel toda la tierra que tenia prometida, con juramento á sus antecesores, y la poseyeron y habitaron. El Eterno les dió tranquilidad y reposo en sus contornos, segun habia jurado á sus padres; ni siquiera uno de sus enemigos osó resistirles: el Eterno les entregó á todos en sus manos. Ni una palabra de las que el Eterno habia pronunciado al pue-

(1) Jueces, 2, 9, siguiendo el hebreo.

(2) Josué, 20.

(1) Josué, 21, 1-8.





blo de Israel fué vana en su promesa; todo fué cumplido al pié de la letra (1).

Así se cumple y realiza siempre en la vida de los pueblos la palabra de Dios, cuando fieles al cumplimiento de los eternos mandatos de

(1) Josué, 21, 9-21.

Aquel que es soberano y árbitro de los destinos de los imperios, no tienen estos en su marcha otra estrella que la esplendorosa de lo alto, ni otra norma en su conducta que la norma de lo bueno, de lo justo y de lo santo.

Por esta virtud, es el pueblo de Israel como el tipo y modelo, para enseñanza de los grandes problemas de la Historia.

## CAPÍTULO V

Esterilidad actual de la Judea, y sus causas.—Pruebas y causas de su antigua fertilidad.—Inferioridad del Egipto.—Josué despide á los guerreros de Ruben, Gad y Manassés, que construyen un altar.—Resultados que produjo este supuesto atentado.—Promesas, amenazas y consejos de Josué.—Su muerte.—Sepulcro de José.—Su elogio.—Consecuencias prácticas.

Hoý, en verdad, no se ven en aquella tierra los arroyos de leche y de miel, de que Dios tan frecuentemente habla en la Escritura; pero este mismo castigo hace ver cuán fiel es Dios á su palabra. Había dicho á su pueblo: «Si observas mi ley, te bendeciré en las ciudades y en los campos; pero si no la observas, te maldeciré en los mismos y serás también maldito en tus empresas; el enemigo devorará á tu presencia los frutos de tus rebaños y los frutos de la tierra.» Y esto es lo que allí se ve hoy. Oigamos á un célebre escritor que lo ha presenciado:

«Jerusalén está en poder de un gobernador casi independiente; puede hacer impunemente el mal que le parezca, con tal de dar cuenta en seguida al pachá de Damasco. Se sabe que todo superior de Turquía tiene el derecho de delegar sus poderes á un inferior, y sus poderes se hacen extensivos á la propiedad y á la vida. Por algunos cuartos, un genízaro (guardia real) se hace un pequeño *aga*, y este *aga*, á su placer, puede quitar la vida ó rescatarla. Los verdugos se multiplican así en todas las aldeas de la Judea. La única cosa que se oye en aquel país, la sola justicia de que allí se trata, es por este estilo: *Pagará diez, veinte, treinta bolsas; se le dará quinientos bastonazos, se le cortará la cabeza*. Un acto de injusticia obliga á otra injusticia mayor. Si se despoja á un paisano, se ponen en necesidad de despojar al vecino; pues para librarse de la hipócrita integridad del pachá, es preciso tener, y esto constituye un segundo crimen, con que pagar la impunidad del primero.» Se creará quizá que el pachá, recorriendo su gobierno, lleva el remedio á sus

males y hace venganza á los pueblos; el pachá es el mayor azote de los habitantes de Jerusalén. Se teme su llegada como la de un jefe enemigo; ciérranse las tiendas; se ocultan en los subterráneos; se fingen moribundos sobre la estera, ó huyen á las montañas.»

«Yo puedo atestiguar la verdad de estos hechos, porque me he hallado en Jerusalén en el momento de la llegada del pachá. Abdallah es de una sórdida avaricia, como casi todos los musulmanes; en su cualidad de jefe de la caravana de la Meca y bajo pretexto de tener dinero para mejor proteger á los peregrinos, se cree en el derecho de multiplicar las exacciones; no hay recurso que él no invente. Uno de los que con más frecuencia emplea, es fijar un máximo muy bajo para los comestibles. El pueblo lo celebra muy gozoso, pero los mercaderes cierran sus tiendas. Comienza la división: el pachá entra en tratos secretos con los mercaderes, les da, por una cierta cantidad de dinero, permiso para vender con la tasa que ellos quieren. Los mercaderes tratan de resarcirse del dinero que han dado al pachá; ponen sus artículos á un precio muy elevado, y el pueblo, pereciendo de hambre, se ve obligado á despojarse hasta de su última prenda.»

«He visto al mismo Abdallah cometer una vejación más ingeniosa todavía. Había enviado su caballería para que cometieran toda clase de pillaje entre los árabes labradores del otro lado del Jordán. Aquellas buenas gentes, que habían pagado el impuesto y que no se creían en guerra, fueron sorprendidos en medio de sus tiendas y rebaños. Les robaron dos mil doscientas ca-